

UNA LEYENDA ROMÁNTICA DE SOLERA, “DOROTEA O EL CÁNTARO MILAGROSO”, DE JOSÉ MUÑOZ MALDONADO, VIZCONDE DE SAN JAVIER

Manuel Urbano Pérez Ortega

*Para Juan Antonio López Cordero,
amigo, necesariamente.*

Nacido nuestro autor en Alicante, el día 6 de febrero de 1807; falleció en 1875. Fue el primer conde de Fabraquer y vizconde de San Javier, títulos con los que aleatoriamente solía firmar los trabajos junto, o no, a sus apellidos. Individuo de capacidad y prolífico autor, fue historiador, periodista, traductor, escritor dramático, jurista y político. Se inició como poeta, publicando *Oda al Rey nuestro Señor* (1828). Con posterioridad, dirigió el *Semanario Pintoresco Español*, una de las grandes revistas románticas, así como *El Museo de las familias* y *El Mentor de la infancia*, colaborando, entre otros, en *El Domingo*, *El Panorama*, *Periódico de Literatura y Arte* y *La moda elegante*, así como en *Las mujeres españolas...* con “La mujer de Teruel”. Tradujo *Los Miserables*, de Víctor Hugo; *Aventuras de cuatro mujeres y un loro* (1856), de Alejandro Dumas; *El mundo en marcha: cartas a mr. Lamartine*, de Eugenio Pelletón (1875); *Viaje al país de los elefantes* (1877), de Louis Jacolliot; y numerosos de los afamados folletines franceses de Paul de Kock, tales como *El amante de Lucetta*, *Las ligas de la desposada*, *Las mujeres, el vino y el juego*, *Los arroyuelos* (1876), o *Elisa*. Como historiador merecen recordarse, entre otros títulos, los de sus libros *Elementos de la Historia del Derecho Romano* (2 ed. 1827 y 1843), *Historia política y militar de la guerra de la independencia contra Napoleón Bonaparte desde 1808 a 1814* (1833), *La revolución de Roma: Historia del poder temporal de Pío IX desde su elevación al trono hasta su fuga de Roma* (1849), *Las catacumbas o los mártires*:

Historia de los tres primeros siglos del cristianismo (1850), *Historia del Emperador Carlos V* (1862), *Historias de todos los países y de todos los tiempos hasta nuestros días* (1863), y *Los protomártires de la lealtad española en América* (1863); conocemos, póstuma (1914), una edición de *Nuestra Señora de la flor de Lis, datos históricos de la antigua pintura mural...* y otra (Valencia 1903) de *La expulsión de los jesuitas: revelaciones históricas*. Como autor teatral redactó el drama en cinco actos de prosa y verso, *Antonio Pérez y Felipe II* (1837). Por igual, publicó las novelas, algunas de ellas en folletines, *Las catacumbas o los mártires* (1848), *Los misterios de un castillo o El monasterio de Santa Espina* (1868), *Los mendigos o La conspiración del duque de Medina-Sidonia*, (1868) *El invisible o los bandidos de Toledo*, *El perro perdiguero*, *El falso príncipe de Gerona* y *El corsario negro*. Asimismo, escribió numerosos cuentos, historias y leyendas de la historia de España, que agruparía en títulos tales como *La España Caballeresca* (1845), *Los misterios del Escorial*, *Historia, leyenda, tradiciones, Causas célebres históricas españolas* (1858), o *Historias, tradiciones y leyendas de las imágenes de la Virgen aparecidas en España* (1861 ¿). Por último, dan cuenta de su religiosidad, *Estudios sobre el catolicismo dedicados a S. M. la Reina Madre Doña María Cristina de Borbón* (1852), *La Biblia de los niños: cuadros de historias morales y religiosas sacadas de la santa escritura* (1862) y, ante todo, *Los mártires, grandezas del Cristianismo* (2. ed. 1861 y 1863). En el ámbito de la política reseñamos que fue, al menos, en dos legislaturas, senador.

De su producción, netamente romántica, recogemos y reproducimos un texto algo tardío, “Dorotea o el cántaro milagroso”, leyenda publicada anónima en el muy definido *Museo de las familias*¹, que dirigiere nuestro autor; algo que nada tiene de sorprendente, pues las leyendas, como las escenas de costumbres, y ello es suficientemente sabido, constituyeron en el segundo tercio del siglo XIX una desbordante moda cuyos apremios de edición, en no pocas ocasiones, eran cubiertos por los miembros de la redacción del propio periódico o revista. Anonimato que, años después, quedaría desvelado al reeditarse bajo el rótulo de Vizconde de San Javier, en el también madrileño *La Moda elegante*², con el título de “El Castillo de Solera o el cántaro milagroso” y algunas diferencias en las que no vamos a entrar.

Este texto está construido con los ingredientes tópicos románticos. Ahí, la horrorosa tempestad, la presencia y pacto con el diablo, el infaltable castillo y las escenas medievales, los temas pretendidamente mágicos, o –asunto bien ro-

1 2ª serie, año XIV, págs. 148 y sts.; Madrid, 1 de enero de 1856

2 Madrid, 11 de agosto de 1867.

mántico, por cierto- la ciega sumisión de la hija a los dictados del padre por injustos y criminales que fueren. La intención del autor es inequívocamente moral y catequizante, no en vano se edita en la revista dentro de la sección "Estudios morales"; ahí la sabia y bondadosa figura del sacerdote, la generosidad de los protagonistas, el triunfo del bien o la condena del alcoholismo. Un cuento muy en la línea española que se impondrá.

A mi ver, estamos ante un tema surgido, más que de la tradición histórica o popular, de la imaginación del autor, a pesar de algún dato bien preciso que ofrece al señalar que, en esos días el castillo era propiedad de un: "opulento banquero español que ha muerto en París hace muy pocos meses". En efecto, propiedad que fuera de los condes de Santisteban, en 1835 fue vendido al intendente del Palacio Real, el riquísimo marqués de Gaviria –también tristemente famoso por el secuestro de sus hijos por el bandido Paco "el sastre"-, sin que se hiciese en su recinto la restauración de la que habla el vizconde de San Javier. Cierta es, por igual, la existencia del aljibe, o cisterna, eje fundamental de la leyenda, ubicado en un recinto en las inmediaciones de la fortaleza nazarí y del que aun existen restos de la bóveda apuntada de cubrición.

Históricamente también resulta difícil aceptar como medievales los sucesos que se narran, puesto que el castillo, una de las defensas fronterizas entre Castilla y el reino nazarí, escarpado sobre una aguja rocosa junto al valle del río Jandullilla, fue conquistado en 1433 por Fernando de Quesada, fundando la pequeña población. Algunos años después, 1456, sería reconquistada la fortaleza para los musulmanes, quienes la perderían definitivamente en 1458, tomándola Alonso Martín de Ojeda, enviado por don Juan de la Cueva, comendador de Bedmar, a quien Enrique IV concedió la potestad de crear un mayorazgo sobre Solera, siendo él el primer señor de la villa.

Por último, significamos que no existe en la comarca memoria popular de esta leyenda, ni publicado alguno procedente de la tradición oral. Mas, por cuanto podamos decir, quede el texto.

DOROTEA O EL CÁNTARO MILAGROSO

(Vamos a referir una sencilla leyenda de la edad media, pues ha inspirado un buen cuadro al célebre pintor Elmerich del que hemos presentado una copia en el álbum que al principio del año hemos dado a conocer a nuestros suscritores.)

Había en Andalucía, en el reino de Jaén, en un pueblo que se llama Solera, a fines del siglo XIV, un maestro carpintero muy hábil, pero que tenía la desgracia de emborracharse muchas veces a la semana.

Tenía este carpintero una hija bellísima llamada Dorotea.

En el tiempo en que comienza nuestra leyenda, Álvaro, que así se llamaba nuestro carpintero, había perdido por su mala conducta la confianza de sus parroquianos y no le era posible, a pesar de su habilidad, hallar trabajo alguno entre sus convecinos.

Blasfemando de la providencia, acusándola de la miseria de la que sólo tenía la culpa su holgazanería y mala conducta, descargaba su cólera sobre su pobre hija, bien inocente por cierto de su desgracia.

Una noche después de haber roto, lleno de ira, la mayor parte de los muebles de su casa, se echó sobre su cama fatigado con su desesperación.

-Si pudiera beber –dijo-, al menos bebiendo se olvidan las penas.

Había en las inmediaciones una cisterna famosa a diez leguas a la redonda, por la claridad y admirable gusto de sus aguas.

Viendo Dorotea a su padre con una sed febril, resultado de los accesos de su ira, se fue sin decir nada a llenar su cántaro a la famosa cisterna, y después lo acercó a los labios del frenético.

-¿Qué bebida es esa? -dijo después de beberla.

-Agua, padre mío.

-¡Agua! –dijo- ¡Agua!, lo que beben los caballos y los patos. El desecho de la naturaleza, el residuo de las tempestades. Maldita sea mi suerte que me obliga a tragar este asqueroso brebaje.

-Pero -dijo Dorotea- esta agua es la mejor que hay en el mundo.

-¡Quítate de ahí, miserable! -gritó el padre lleno de demencia y cogiendo a la pobre criatura la derribó de un empujón.

Vaciló Dorotea, y el cántaro, causa de aquel altercado, fue a quebrarse contra la pared.

Aquel espectáculo irritó todavía más a Álvaro; acogió un palo e iba a romperlo sobre las costillas de la niña que lloraba, magullada con su caída, cuando llamaron a la puerta...

La noche estaba oscura, amenazaba una tormenta, los relámpagos atravesaban las tinieblas.

-¿Quién va? –dijo Álvaro.

-¿Qué os importa? –le contestó una voz terrible- No tenéis nada que os roben.

-¿Qué queréis?

-Entrar mientras llueve.

-Id con mil diablos –gritó Álvaro.

-Con ellos vengo –respondió la voz.

-No abro.

-Es lástima, porque traigo una carga que me pesa y me la podréis aliviar. Traigo un pellejo de vino añejo de manzanilla que haría beber a un murto con su enterrador.

A estas palabras abrió tanto oído Álvaro.

-¿Con que traes vino?

-Digno de figurar en la mesa de un emperador...

-Vamos, Dorotea, holgazana, llorona, ve a abrir a ese néctar la puerta de par en par, es preciso no dejarle a la lluvia. No me gusta el vino aguado.

La joven antes de obedecer miró tímidamente a su padre.

-Es muy tarde para abrir a un desconocido -dijo.

-Ve a abrir inmediatamente, y no me quiebres tu cabeza con tus reflexiones.

Dorotea fue a alzar el picaporte y entró el desconocido. Éste era de alta estatura, de pelo rojo, y arrastraba tras de sí, como había dicho, un pellejo grande cubierto de barro por el exterior.

-Verdad has dicho -exclamó con alegría Álvaro al ver el pellejo de vino.

-Yo no miento nunca -replicó el viajero-. La mentira no es el pecado de los orgullosos. Pues que me albergas en tu choza, saca vasos y beberemos.

-Ni vasos ni dinero tengo. Dorotea, trae dos tazas a su señoría.

La joven sacó del armario dos tazas.

Abrieron el pellejo del que salía un vino de un color admirable de verde y oro, de exquisito sabor y excelente gusto, de lo mejor de las viñas de Andalucía.

Álvaro bebió sendos tragos, y después preguntó al forastero que quién era.

-Toma -dijo el viajero-, parece que se necesita tener un pasaporte para echar un trago con vos. ¿Sois acaso el alcalde?

Álvaro soltó una carcajada.

-¡Alcalde yo! Soy... Soy carpintero.

¡Mal oficio! -exclamó el desconocido echándose nuevamente de beber.

-¿Es mejor el vuestro? -dijo Álvaro.

-Sí.

-¿Cuál?

-Soy tratante en almas.

-¡Va!

-Sí, trafico en esto hace mucho tiempo, y me va muy mal.

-¿Y a cómo pagáis un alma?

-Según; un alma de un hombre hecho, de viejo, de cómica, de bailarina, de filósofo, no es muy cara.

-¿Y mi alma?

-¡Un alma de borracho! –dijo con desdén el desconocido.

-¡Hola tío Rojo! me gusta el vino, pero no tolero que me insulten.

-¡Bah! así son todos los hombres, quisquillosos en las palabras, cínicos en las cosas; bebed y tendréis mi lógica.

-Eso –replicó Álvaro amansándose-, bebamos enhorabuena.

-Yo, que no tengo nada, quisiera vender mi alma, ¿cuánto me dais?

-Poco, porque esperamos tenerla gratis; os gusta el vino, y éste quita la vida, apaga la inteligencia, embrutece el espíritu, paraliza el cuerpo tomado en gran cantidad, y el vino a pesar vuestro os entregará a mi amo Lucifer.

-¿Y si me corrigiese? ¿si no bebiera más que agua?

-Os desafío a que lo hagáis.

-Tenéis razón.

-¿Cómo es que esta niña no bebe con nosotros?

-Gracias, no tengo sed –respondió Dorotea sin dejar de recoger los pedazos de su cántaro roto, que estaba buscando por el suelo.

En aquel momento un trueno hizo desgajarse las nubes en agua.

-¡Diablo! –dijo Álvaro medio borracho

-¿Me habéis llamado? –dijo el desconocido.

-¿Yo? No; he dicho diablo.

-Pues bien, acabáis de pronunciar mi nombre.

-¿Querrás comprarme algo?

-Sí.

-¿Mi alma?

-No.

-¿Pues qué?

-La de esta joven.

Dorotea se estremeció y echó instintivamente mano a su rosario.

-Calla –dijo Álvaro. ¿Puedo yo disponer de su alma?

-¿No sois su padre? –respondió el hombre rojo. En este caso, como respondéis ante Dios, podéis hacer cuanto os agrada bajo vuestra responsabilidad particular.

-Y ¿cuánto nos dais?

-Hay precios establecidos. Cinco mil escudos de oro por una joven doncella.

-Muy bien –dijo Álvaro.

-Pero, padre mío –dijo suspirando Dorotea-, apenas tengo diez y ocho años.

-¡Menor! –exclamó el demonio-, ¡menor!, entonces son mil escudos más.

-Pero, ¡padre mío!, si soy de la congregación de la Virgen.

-¡De la congregación de la Virgen! –continuó el negro mensajero–; entonces son en todo diez mil escudos.

-Diez mil escudos –repitió aullando Álvaro.

-Diez mil escudos –repitió a la vez el comisionado del Tártaro.

-Dadme la mano: negocio concluido, su alma es vuestra.

-Sacó entonces de su bolsillo el comprador un pergamino escrito en caracteres encarnados, en que estaba escrito el acta de venta del alma de la hija de Álvaro, se lo hizo leer, después se lo presentó para que lo firmase.

-Alto allá –dijo Álvaro–, toma y daca, venga el dinero y firmaré entonces.

Sacó el desconocido un cuerno de acero, lo tocó, e inmediatamente se pararon delante de la puerta de la casa un pelotón de hombres a caballo.

-Ahí están mis gentes –dijo el hombre rojo.

Abrió la puerta, salió, y a poco volvió a entrar con un gran saco que contenía diez mil escudos en oro, los puso delante de Álvaro, embrutecido por el vino.

Sea que la vista de aquel tesoro hubiese aumentado la fatiga de su quebrantada cabeza, sea que el sueño, causa de la apoplejía vinosa, hubiese llegado a su colmo, Álvaro no tuvo fuerza más que para apoderarse del saco, estrecharlo contra su pecho, firmar el pergamino y quedarse profundamente dormido.

Dorotea durante este tiempo miraba sollozando a los caballeros que rodeaban la puerta, eran nueve, relucientes cascos cubrían sus cabezas, y negros bigotes sombreaban sus rostros.

Al volver de su sorpresa vio cerca de sí al demonio. Había arrojado su peluca roja y se le presentaba bajo la forma de un gentil y apuesto caballero, como de unos treinta años.

-Dorotea –la dijo–: vuestra alma es mía.

-Devolvédmela, señor demonio, se la había prometido a Dios y a su santa Madre la Virgen; devolvédmela, trabajaré noche y día para devolveros el dinero que por ella habéis dado.

-No –dijo el demonio–; ¿qué teméis de mi, tan feo soy?

-No, sin duda; pero mi padre se condenará.

-¿Qué importa?, sin esto se hubiera condenado.

-Maldito vino, traidor licor, causa de todos nuestros pesares.

El diablo miraba con atención a la joven oyéndola proferir aquellas palabras. Parecía muy complacido con sus gracias y sencillez.

-¿Y a vos no os gusta el vino? –dijo Dorotea.

-No cuando los que lo beben se ponen en semejante estado –y al mismo tiempo señaló a Álvaro, que dormía con un sueño convulsivo–. Sin embargo, tengo sed, el pellejo está vacío, y daría algo por beber un trago a mi vez.

-Ya lo veis; el vino es peligroso, da sed.

-Nosotros los demonios bebemos mucho, vivimos en país caliente; esto seca la lengua, y cuanto tomamos forma humana, estamos expuestos a sus flaquezas.

Dorotea, con aire suplicante, le dijo al forastero:

-Si queréis volverme a ceder mi alma, yo aplacaré vuestra sed con agua la más pura que hay en el mundo.

-Pero un vaso de agua no vale los diez mil escudos de oro sobre los que está roncando Álvaro en este momento.

-Y yo no quiero más que una parte de mi alma.

-Sin embargo, es preciso ser lógicos; un alma no se divide como una espiga y no podéis, como Proserpina, pasar la mitad del tiempo en el infierno y la otra mitad en el cielo. Pero, en fin, hay una condición posible para poder invalidar la venta.

-Decid, señor demonio.

-Dadme un cántaro de agua.

-Pues es cosa perdida; ya no tengo cántaro, mi padre lo ha hecho pedazos.

-Es que a él no le gusta el agua y es muy aficionado a la parra; prefiere su color verde y sus nudosos brazos, sus granos azulados y mosqueados a todos los manantiales más puros; y no sé qué he de hacer; tengo una sed de infierno.

-Pues voy a la cisterna con una taza, y si no basta con una volveré cuantas veces sean necesarias.

Después de haber tomado esta valerosa resolución, Dorotea se puso en camino y por tres veces pasó por delante de los sombríos caballeros para llevar a los labios del demonio el refrigerante líquido.

Durante este tiempo Álvaro dormía siempre.

-Y bien, joven, la dijo el diablo después de haber apagado su sed, ¿quieres saber el secreto para rescatar tu alma?

-Ya lo creo.

-Cásate.

-¡Casarme!

-Si caes en poder de un esposo que sea buen cristiano, se batirá con nosotros por vuestra salvación.

-Yo bien quisiera casarme, ¿pero, quién querrá casarse con una mujer cuya alma es del diablo?

-Yo te daré un regalo.

-No lo necesito –respondió Dorotea.

-Lo haces bendecir por el cura y con él encontrarás tu salvación. Adiós, joven, mañana recibirás mi regalo, pero cástate pronto si quieres escapar de nuestro poder.

Al decir esas últimas palabras el negro espíritu montó ligeramente en el caballo que los caballeros que había dejado a la puerta tenían de las riendas, y desapareció con ellos den el bosque.

Muy triste quedó Dorotea al lado de su padre que continuaba siempre en el mismo profundísimo sueño. Al amanecer vino su primo, que era un gallardo mancebo, pobre como ella pero muy honrado, al contó lo que la había pasado la noche antes, y cuando esperaba que éste mostrase asombro y se retrajese en los amores con que hacía tiempo la quería, oyó que la dijo:

-Me caso contigo; y ahora que perteneces a los espíritus malignos no tengo necesidad del permiso de tu padre.

-Os casaréis con una mujer sin alma.

-Yo haré que te lo devuelvan.

Fueron, pues a ver al buen cura para que les diese su santa bendición, y este les dijo que tenía que darle un regalo de parte de un desconocido.

-Ya lo sé -dijo-; pero no debo tomarlo.

-Acéptalo -dijo el digno sacerdote-, yo lo tomo a mi cargo.

-En ese caso estoy tranquilo.

-Extendió la mano la joven y el cura la entregó el anunciado regalo. Era un cántaro... Nada más que un cántaro, de barro de tierra de Castilla, con rayas negras y asa curva.

-¡Un simple cántaro! -le dijo Dorotea.

-Para suplir al que has roto. Habéis dado a beber a un viajero sediento y os lo ofrece en recompensa de vuestra virtud.

-No es muy generoso -dijo el esposo.

-Aguardad; os concede en toda prioridad la cisterna de la que habéis sacado el agua, y podéis haceros pagar un derecho por permitir sacar de ella agua a los pueblos vecinos.

-Pero si es imposible -dijo la recién casada-; la cisterna pertenece al señor.

-El desconocido ha arreglado un contrato en forma; aquí tenéis el título de pertenencia firmado y legalizado en vuestro nombre.

-Vamos -dijo en voz baja Dorotea tomando el cántaro-, el diablo hace bien las cosas; ¡lástima que sean tan malas!

Al cabo de dos días vino una orden, no se sabe de dónde, por la cual se prohibió a los habitantes de los pueblos inmediatos sacar agua de la cisterna. Álvaro, que se había quedado solo, en su soledad había vuelto en sí, y sintió los remordimientos entrar en su alma. Vio delante de sí los brillantes escudos; pero durante dos días conoció lo poco provechosos que le serían. Sintió hambre y en vano trató de buscar alimento, porque no le querían recibir su dinero ni cambiar su oro por víveres, temerosos de que aquel dinero les trajese algún perjuicio.

-¡Compasión! ¡Compasión! –decía el desgraciado.

-No hay compasión para el malvado que ha vendido el alma de su hija.

-Tomad mi tesoro y dadme los medios de vivir.

-Vuestro tesoro ha sido mal adquirido, y las monedas están marcadas con el sello de Lucifer –le respondían de todas partes.

Lleno de hambre, agitado, desesperado. Álvaro llamó a grandes gritos en el bosque al desconocido, a cuya generosidad debía sus dolores. En vano recorría todos aquellos sitios, en ninguna parte lo halló. En aquella triste situación, vuelto en sí, recordó que todos los caminos le estaban cerrados, no quedándole más que uno que jamás se cerró al desgraciado; aquel en que el pecador arrepentido, el culpable llorando su falta, eran recibidos con bondad y despedidos con dulces consuelos: era la casa del cura. Fue, pues, allí, se arrojó a sus pies, confesó su crimen, recibió la absolución y la esperanza que le dio el cura de que Dios no permitiría se llevase a efecto aquella venta. Entregó el dinero al cura para que lo arrojase a la cisterna, no pudiendo servir para nadie por la procedencia diabólica que tenía. No quiso hacerlo el mismo Álvaro por no volver a tocar aquel endiablado oro. Arrojado el dinero a la cisterna, Dorotea, que habitaba una casita cerca de la del cura y que iba todas las mañanas a sacar agua de la cisterna con el cántaro del desconocido, vio un día que el agua estaba sumamente baja y, por más esfuerzos que hacía, no podía sacar su cántaro. Se volvió a su casa llena de sorpresa al ver que éste pesaba más que lo ordinario.

-Échame agua –le dijo su marido alargando un vaso-, tengo sed, que el agua es el néctar de los pobres y la providencia de los labradores.

Dorotea echó agua. ¡Oh sorpresa! El vaso sonó argentinamente y una porción de escudos aparecieron.

-¡Milagro!

-El cántaro está encantado- replicó el esposo.

-¡Qué gran cantidad de dinero, de oro, y todo es nuestro!

-¿Deberemos ocultar esto? –observó el prudente marido.

-¡Hijos míos! –les dijo el cura su vecino, que se hallaba sentado en la puerta de su casa y seguía con atención aquella escena-, ese dinero es vuestro, podéis gustarlo sin temor; bendecido el cántaro, bendecidos son sus provechos.

Bien pronto supo la aldea entera el suceso y se llenó de consternación temiendo prohibieran sacar agua, aun por la retribución; pero no fue así. Los dos esposos eran demasiado generosos y verdaderos cristianos, y sin exigir retribución alguna más que la que antes le pagaban, permitieron a todos sacar agua de la cisterna, de la que alguna vez sacaban también una moneda de oro. Dorotea sin embargo se ponía triste de cuando en cuando pensando si podía tener efecto

la venta que había hecho su padre de su alma al diablo. En vano el marido trataba de tranquilizarla; pero el misterio de todo el suceso y las dudas llegaron un día a aclararse.

Llegó el día en que se celebraba la fiesta de la aldea; y en medio de la alegría, de las músicas, de los juegos y de los bailes de las aldeanas, se aparecieron dos caballeros que llevaban de la brida a dos caballos.

El uno de ellos era un hombre alto, hermoso, vestido de gran lujo: era el señor de la comarca. Era un verdadero rico-hombre de aquel tiempo, altivo con los grandes, afable con los humildes; hacía diez años que la había heredado de su padre; había estado ocupado en las guerras de Navarra y Aragón, y era casi un extraño para los habitantes de Solera, en Andalucía, porque había, además, pasado una gran parte de sus primeros años viajando e instruyéndose en los hombre y cosas de su siglo. Los nueve caballeros que le escoltaban llevaban el traje de hombres de armas con sus colores, y colgando de la silla del caballo se veía, con gran asombro de los curiosos, un objeto inusitado en las costumbres y trajes de los caballeros y de los señores: era un pellejo vacío.

-Y bien, carpintero -dijo a Álvaro confuso y asombrado el desconocido caballero-, ¿no quieres echar un trago conmigo y llenar mi pellejo con buen vino?

Álvaro no contestó.

-¿Has olvidado nuestra entrevista durante la tempestad, con el rayo y el relámpago por acompañamiento? Hermoso y alegre era aquello; el agua caía a torrentes por fuera, y el vino caía a torrentes por dentro.

-Chist, chist -decía Álvaro volviendo la cabeza a todos lados-, no me recordéis ese fatal momento que quisiera borrar de mi memoria.

-¡Cómo, Álvaro! -replicó su antiguo parroquiano-, ¿desprecias al comprador de tu mercancía que te la pagó al contado

-¡Por compasión, por compasión! -repuso Álvaro ocultándose entre la multitud de los villanos-; olvidad este crimen que deploro; he hecho yo penitencia por él; Señor, Señor, libradnos de la tentación de este demonio.

Echose a reír el caballero con aquella risa estridente que había empleado la noche de su entrevista con el carpintero y, echándole la mano, cogió a Álvaro confundido por esta acción.

-Es muy mal hecho -le dijo afablemente- renegar de sus parroquianos.

En seguida dijo:

-Que se presente Dorotea y su esposo.

-¡Señor! -exclamó la joven al reconocerle-; ¡es el diablo, el diablo que había comprado mi pobre alma!

-¡Dios mío! –exclamó Álvaro dejando caer la cabeza sobre el pecho y agarrándose a su vecino para no caer-, ¡es el comprador del alma de mi hija!

-Vamos despacio –dijo el señor; y dirigiéndose al respetable sacerdote añadió-: tranquilizad a estas buenas gentes; yo no soy un espíritu infernal sino el amigo de todos: Álvaro, tú eres un carpintero excelente, y más que un obrero eres un artista. He oído y he visto tu furor por la borrachera y he querido castigarte... Yo soy el que llenó el pellejo de vino de manzanilla hasta probar dónde puede llegar la borrachera. Yo soy el que te propuso la venta fatal, que tú aceptaste, del alma de tu buena niña; hacer de diablo no es difícil con una peluca roja y el resplandor de los relámpagos en una noche de truenos, de tempestad, y llevando por escuderos a nueve hombres de armas cubiertos con ropas negras.

-¡Cómo, señor, qué ventura! –dijo Dorotea- ¿Erais vos al que yo hice beber tres veces y que me ha regalado el don milagroso que me ha producido tanto oro?

-Yo te lo regalé por haber ocasionado tu desgracia; pero el cántaro estaba bendecido por el cura, que sabía mi secreto.

-Y esa cisterna –preguntó el marido de Dorotea-, ¿por qué oculta oro?

-El arrepentimiento del culpable ha favorecido a los inocentes –contestó el cura-. Álvaro me había encargado que destruyese el precio de su traición y lo arrojé a la cisterna a fin de contribuir a premiar la belleza de vuestros corazones. Como os habéis manifestado buenos cristianos, habéis llamado a vuestros amigos a participar de vuestra opulencia que os llegaba envuelta en el agua; el señor os ha recompensado. Tenéis ya el aprecio de todos y el afecto de cada uno en articular; vuestra posteridad será bendecida.

El señor de Solera quiso tener a Dorotea y a su marido a su servicio y los llenó de favores. Álvaro se hizo viejo, y tuvo necesidad de todas las exhortaciones del cura para resolverse a beber un poco de agua y vino y, gracias a su templanza, vivió cerca de un siglo.

Hoy que hacer cerca de cuatrocientos años que se han verificado los sucesos que acabamos de contar, que aún existe en Solera la cisterna maravillosa y se ve el palacio feudal que habitaba aquel señor, el cual con el transcurso de los tiempos ha venido a parar a un opulento banquero español que ha muerto en París hace muy pocos meses. El castillo se ve recientemente restaurado y presenta el aspecto que tenía en su primitiva época.